

A

Alberto: "Duele tu nombre desde adentro"

"Te regalo mi corazón / hecho de antiguos carbonos / de amianto y sangre conmovida / en su latido... Caben en mí, lalentes, los anhelos y congojas... Yo que vino / abierto el pecho para el canto / parto ahora con las manos vacías / porque están las parras / desvestidas de racimos. No, no al tiempo, / hay siempre un niño encaramado / en el latido universal del hombre."

Alberto Guerra Gutiérrez



Alberto Guerra

El asombro de las plodras en La Patria con su alambiquero rollo en el costado.

muda la sangre, Alberto.

Junto al aire desnudos sin lurrón ni alegrías los niños de la mina

le acompañan, Alberto

Un atado repleto de palabras le llora se acongoja y vestirá de noche los libros las palabras

con tu lámpara, Alberto.

Sin llave ni horizonte el Altiplano ha quebrado los sueños la campana

sin tu estatura, Alberto.

De Oruro a Cochabamba se han vuelto una coyunda los alientos Con luto los braseros la luna vela.

por las calles, Alberto.

Blanca Garnica
Cochabamba a la madrugada del 11 de septiembre del 2006

Unas pocas palabras después de la partida

Quando conocí a Alberto Guerra, había salido de las cárceles de la represión y tenía la tristeza de la víctima golpeada en el cuerpo y en las ideas. Estaba acompañado de otros poetas, pero él llevaba el signo del dolor. El vino no le aliviaba.

Tal vez, los amigos y la poesía le ofrecieron, con el tiempo, la luz para el reencuentro con la vida.

Después, lo encontré, ofreciendo al país que le golpeó, sus tradiciones orureñas, sus indagaciones sobre el mundo andino, sus baladas para los niños mineros, su hermosa identificación con el árbol, sus poemas amorosos, rebeldes y profundos. Estaba intensamente vivo.

Después lo encontré abriendo la puerta de la Real Academia de la Lengua para su propio ingreso en paso firme, escribiendo en nombre de Oruro.

Y luego, en el Consejo de Edición del suplemento literario "El Duende" de la Patria de Oruro, acompañado de un gran equipo humano que mostraba la bendición y fuerza de la escritura y de la amistad.

Y así también, Alberto Guerra se adhirió al proyecto de organizar el PEN de Oruro, para dar más cabida a la escritura y a los derechos de expresión de los escritores bolivianos.

En todos los proyectos de su vida mostró la dignidad del poeta. Copio un fragmento salido de su propia boca:

Yo que vine abierto el pecho para el canto, parto ahora con las manos vacías

Hoy, el Cóndor Mayor, el Achachila, como yo le decía con alto respeto por su pasión por lo cósmico andino, ha partido. Y si bien nosotros, sus compañeros transitorios nos dolemos de su muerte, el Duende Mayor, en de La Patria, el que quiere quedarse con su nombre, ha despertado a los duendes de todos los patios y lloran por los rincones, su partida.

Gaby Vallejo Canedo
Cochabamba, 10 de septiembre del 2006.

Alberto Guerra Gutiérrez un nocturno de viento y poesía

Un viento huracanado sacudió parte de la urbe paceña, en una noche sin candiles ni luz plateada. El vendaval lastimó ventanales, entre muchos, el mío. Era como los vientos invernales del altiplano orureño arrastrando arenas hasta los pórticos de las viviendas mineras. Ya con los débiles rayos del sol diseñando un cielo congestionado de nubes en su amanecer, extendí un brazo para alcanzar el libro de cabecera que en las últimas horas nocturnas del jueves, leía con avidez. El sueño postergó la lectura del cuento de Mario Benedetti, No hay sombra en el espejo, que me disponía a leer, cuando me entregaron el ejemplar diario de un matutino.

Volví a postergar la narrativa del escritor uruguayo para hojear las páginas del cotidiano paceño. Mi sonrisa calificaba los titulares, pero de pronto, sentí rigidez en mis mejillas y el asomo de un frío sudor en las sienes.

La noticia inesperada decía: Murió el poeta orureño Alberto Guerra Gutiérrez... Dos, tres veces volví a leer el reducido texto. Sí, Alberto Guerra, dejaba un vacío físico en su casa, en su tierra, en su mundo. Quedaba su obra. Quedaba el recuerdo del gran amigo. Quedaba la evocación de una personalidad nacida para la poesía, para el arte del ensayo; en fin, quedaba él, íntegro en el recuerdo que lo mantendrá vivo en la tertulia, en la lectura de sus poemas, en la profundidad de sus ensayos. Su voz no estará callada entre nosotros.

El cuento de Benedetti espera su lectura. Yo me encierro en mi biblioteca. Allí están los ecos de las voces que no callan. Allí está el mensaje de amor a la humanidad. Allí están los amigos que no traicionan. Los libros y la melodía barroca de El día de la ascensión, de Juan Sebastián Bach, están conmigo.

Una antología poética me acerca al verso de Guerra: Esta luna gris / que agría la menguada luz / de la corriente / de mi río vertical y perseguido, / no es la misma luna / que llueve de azul / el aire que decora de amores / la brisa que se hace / dueña, de mi casa / en cada beso de la noche.

Aparto el libro. La melodía continúa. Por mi mente desfilan los recuerdos. Aquella noche en Oruro, con luces de reencuentros, Guerra presentaba una obra mía.

Con otras luces, en La Paz, Guerra alternaba diálogos en una reunión de académicos. El esplendor de El Prado, nos recibió una mañana de lejano otoño, con brisa bajando del Mururata. El tema obligado era la poesía. Fuimos ganando esquinas

hasta llegar al clásico café de la avenida Camacho. Las circulares mesas sobre las que rebolaban las charlas y a la que también convergen otros bardos, entre ellos Héctor Borda Leño con sus toques de picardía en el lenguaje y su amistad de brazos abiertos, nos acogieron en el tiempo limitado del que disponíamos.

Compromisos aislados interrumpieron el diálogo. Más tarde volvimos a reunirnos en un centro cultural, esta vez con presencia de Borda.

Tras el acto, un amable fotógrafo nos encendió con el flash, dejándonos una placa de recuerdo que conservo frente a la computadora en la que escribo cotidianamente. Guerra y Borda me miran desde el enmarcado portarretratos.

Continúa el sonido barroco. Vuelvo a la poesía de Guerra: La niña ha vuelto / a la casa / para contarle a su mamá / que por las noches la espera / con un bocado de pena / un bocado de pena / y otro bocado de pan.

En un rincón, entre estas cuatro paredes con sabiduría coleccionada, se apilan las páginas de "El Duende", suplemento literario creado por Alberto Guerra. Un duende de apariciones quincenales adosado a las hojas del decano del periodismo, sobreviviente de un género avasallado por la indiferencia de la prensa de nuestros días.

También están por allí, en la estantería de revistas literarias, los anuarios de la Unión Nacional de Poetas y Escritores (UNPE), editados en la tierra de Pagador bajo el cielo profesional del Consejo Editorial encabezado por Guerra Gutiérrez, Luis Urquileta Mollada —el otro hacedor de El Duende— y Benjamín Chávez, todos amigos de la literatura en una ciudad que aún conserva el romanticismo y las ilusiones, amarradas a sus rocas de estaño.

Hay circunstancias en las que cuesta leer junto a la tristeza de la noticia lacerante. Las líneas versificadas se mueven, se nublan, se pierden. Todo se interrumpe; la música sigue.

Como en muchas oportunidades, mojo mis labios y aclaro mi mente. En mi rostro se dibuja una leve sonrisa, con lentes de nostalgia.

Ahora será bueno disipar la tristeza sin olvidar nada y volver a la otra lectura, a la de Benedetti. Por ahí, dice su cuento. La estampa del espejo es lo que no quise ser, un fantoche gastado que convoca a la muerte.

Mario D. Ríos Gastelú
Escritor, periodista y crítico de arte.